

Después de Jurar sostener a toda costa dicho Plan, un grupo de incondicionales de Iturbide quisieron obligarlo a que aceptara el cargo y el tratamiento de Teniente General, a lo que se opuso con firmeza diciendo: "Mi edad madura, mi despreocupación y la naturaleza misma de la causa que defendemos, están en contradicción con el espíritu de personal engrandecimiento. Si yo accediese esta pretensión ¿qué dirían nuestros enemigos? ¿qué dirían nuestros amigos? y, ¿qué, en fin, la posteridad? Lejos de mí cualquier idea, cualquier sentimiento que no se limite a conservar la religión adorable que profesamos en el bautismo, y a procurar la independencia del país en que nacimos; ésta es toda mi ambición, y ésta, la única recompensa a que me es lícito aspirar". Tales fueron los sentimientos que entonces manifestó Iturbide. ¡Cuán feliz habría sido el país si hubieran sido sinceros; el tiempo demostró que en sus palabras había mucha hipocresía! Al día siguiente actuó todavía con mayor falacia, pues en la ceremonia que organizó con gran aparato para que las tropas juraran el Plan de Iguala dijo: "Ayer no he querido aceptar la investidura de Teniente General que me ofrecieron vuestros jefes; ahora, ante ustedes, renuncio también al grado que actualmente ostento -y al decir estas palabras se arrancó de la manga con violencia estudiada, los tres galones distintivos de los coroneles realistas, y los arrojó al suelo-. Ser un simple compañero vuestro llena todos los vacíos de mi ambición. Vuestra disciplina y vuestro valor me inspiran el más grande orgullo. Juro no abandonaros en la empresa que hemos abrazado; y mi sangre, si fuere necesario, sellará mi eterna fidelidad". Las tropas contestaron con aclamaciones entusiastas y un desbordado regocijo colectivo inundó el ambiente durante todo ese día.

Una vez difundido en todo el país el Plan de Iguala se adhirieron a él de inmediato los principales generales mexicanos que comandaban tropas realistas como: Anastasio Bustamante, Luis Quintanar, Manuel Rincón, Antonio López de Santa Ana, Luis Cortazar, Miguel Barragán, Vicente Filisola, Manuel Sota Riva, José de Joaquín Herrera y Francisco Calderón; otros se incorporaron después, entre ellos, algunos de los jefes insurgentes de 1810 que ya estaban retirados, como: Nicolás Bravo, Ramón Rayón y Guadalupe Victoria. El general Pedro Celestino Negrete, no obstante ser de origen español, se cambió de lado, según dijo, porque predominaban en su orientación política las ideas liberales.

Con tan importantes adhesiones Iturbide convocó a todas las tropas y a sus jefes en Tlalchapa para asignar a cada quien el territorio donde debería combatir. Allí me di cuenta del odio que mis hombres le seguían teniendo a los soldados de Iturbide y estuvieron a punto de un serio enfrentamiento si los oficiales no hubiesen logrado sosegarlos con alguna dificultad. Ellos insultaban a los nuestros llamándolos "indultados", y éstos les contestaban diciéndoles "chaquetas", porque en nuestra tierra les llaman "chaqueteros" a los que cambian de bando. En virtud de este incidente Iturbide nos asignó el mismo territorio que habíamos venido defendiendo durante toda la guerra: Acapulco y las montañas del Sur. Para evitar cualquier otro conflicto preferí remontarme de inmediato a mis "dominios" y desde allá estuve al tanto de lo que sucedía, sin participar propiamente en el nuevo curso que habían tomado los acontecimientos.

Tuve que lamentar la muerte de Pedro Ascensio, quien fue derrotado en una acción militar sin importancia. Me daba la impresión que nuestras tropas habían perdido el espíritu guerrero de otros tiempos al ver que nuestros eternos enemigos mandaban ahora la guerra de Independencia.

La única comisión que me encargó Iturbide fue la de escoltar en mi territorio los caudales de una "conducta de Manila" consistente en 525,000 pesos que el nuevo caudillo de la Independencia había resuelto "agenciarse" para cubrir los gastos de la guerra. Esa "conducta" eran los pagos que enviaban a las Filipinas los comerciantes de México por las mercancías que desde aquellas islas traía la llamada "Nao de China"; embarcación de buen calado que arribaba al puerto de Acapulco hasta tres veces al año, cargada de exquisitas sedas, finísimas porcelanas, exóticos tapetes, delicados abanicos contruidos con olorosas maderas y adornados con pinturas chinescas; en fin, un sinnúmero de objetos representativos de la cultura oriental. Pues bien, Iturbide resolvió apoderarse de ese dinero y para tratar de justificar lo injustificable, envió una carta a los perjudicados ofreciéndoles devolver su dinero al triunfo del Plan de Iguala.

Después de eso, Iturbide no me volvió a tomar en cuenta para nada. Supe que las grandes deserciones en el ejército realista y las consecutivas derrotas que les había infringido el ejército trigarante, había derrumbado el prestigio del virrey Apodaca, al grado que sus propios militares lo habían depuesto de su cargo, y en su lugar pusieron al Coronel Francisco Novella en un golpe de Estado que precipitó con mayor rapidez la caída de la dominación española. Supe, también, que había llegado a México un nuevo virrey, don Juan O'Donojú quien desde su llegada a Veracruz se enteró de la crítica situación que para la Corona prevalecía en la Nueva España; por lo que de inmediato se comunicó con Iturbide invitándolo a conferenciar con propósitos conciliatorios. Me enteré, también, de la celebración de los Tratados de Córdoba entre O'Donojú e Iturbide, que propiamente eran la ratificación del Plan de Iguala, con los cuales se daba por terminada la guerra de once años, iniciada por el padre Hidalgo y culminada por quien entonces había rechazado la invitación que aquél le hiciera para luchar por nuestra Independencia. Yo creo que en la historia de ningún pueblo de la Tierra se ha dado semejante paradoja.

Como antes dije, Iturbide jamás volvió a llamarme. Por estafeta se nos comunicó la invitación -no la orden- para que nuestro contingente se uniera al grueso de la columna que el día 27 de septiembre haría **"LA ENTRADA HEROICA DEL EJÉRCITO TRIGARANTE A LA CIUDAD DE MÉXICO"**. Yo no podía regatearle a mis tropas la gloria de participar en el grandioso evento de ver consumada nuestra Independencia. Después de todo para eso habíamos luchado tanto. En ese desfile terminé por comprender que aún cuando se había conquistado nuestra libertad, en realidad, el movimiento iniciado por Hidalgo y sublimado por Morelos, había fracasado por completo. Al pasar mis hombres frente al "sitio de honor" que se había instalado para que Iturbide presenciara el desfile en compañía de sus allegados más cercanos, y ver en ese lugar al virrey O'Donojú, al Obispo Monteagudo, al inquisidor Tirado, al fiscal Miguel Bataller, al representante de los comerciantes, a los generales Anastasio Bustamante, Pedro Celestino Negrete, Miguel Barragán, el Conde de Jala y Regla,



Manuel de la Sota y Riva, Espinosa de los Monteras y otros, me preguntaron muy confundidos: “¿QUE NO FUERON ÉSTOS CONTRA QUIENES LUCHAMOS?”

Después de ese día yo regresé al Sur cargando mi propia decepción y la de mis hombres. Posteriormente me enteré que en el **ACTA DE INDEPENDENCIA** que se elaboró no aparecíamos nadie de los que participamos en la lucha desde 1810, y ni siquiera se hacía ninguna mención de honor a quienes la iniciaron y murieron en ella. Firmaron esa acta quienes nos combatieron. También tuve conocimiento de que Iturbide nombró una junta Gubernativa integrada por 38 personas de los más “notables” del país. Tampoco en ella figuramos ninguno de los antiguos insurgentes; es decir, ni Nicolás Bravo; ni los Rayón; ni Guadalupe Victoria; ni yo.

Lo que pasó después debe ser narrado por quien estuvo más cerca que yo de los acontecimientos. Pero, con mucho gusto responderé cualquier pregunta relativa a los sucesos que me tocó presenciar y vivir.

#### LORENZO DE ZAVALA

Yo tengo muchas dudas respecto de lo que sucedió en ese período pero comenzaré por preguntarle, general Guerrero, algo que nunca he podido comprender por más que he escudriñado en todo lo que se ha escrito sobre ello; por supuesto, que ahora que puedo pedir esa explicación al único que la sabe, no hay duda que se dispararán mis confusiones. Mi pregunta concreta es la siguiente: Sabiendo usted que Iturbide había sido el más cruel enemigo de los insurgentes ¿porqué aceptó unirsele como subalterno de él?

#### VICENTE GUERRERO

Esa pregunta me taladra el alma. Durante muchos años viví un verdadero infierno en el interior de mi conciencia ante el conflicto de haber obrado bien o mal, y no fue sino hasta que vi a mi Patria convertida en una república democrática y federal, que me concilié conmigo mismo en razón de los resultados; lo cual no me exonera ante el juicio de la historia. El conflicto de mi conciencia no se debía a algún complejo de culpa ¡No! Yo estaba seguro de que la resolución de unirme a Iturbide, aunque dolorosa, había sido el único camino que podíamos recorrer, si deseábamos seguir participando en la lucha de insurgencia con probabilidades de éxito. Mis tropas estaban muy fatigadas. Habían sido once años de combates permanentes. Las armas y el parque escaseaban cada vez más; los fusiles y cañones que teníamos, eran exclusivamente los que quitábamos al enemigo después de cada batalla. Ya habíamos acabado con las campanas de toda la región para fundir cañones; sólo dejamos una en cada población. Los víveres eran insuficientes para alimentar la tropa, a pesar de la solidaridad de los campesinos sureños que compartían con nosotros sus exiguas cosechas. No estábamos desmoralizados, pero ya no teníamos el entusiasmo de otro tiempo cuando el padre Morelos y don Hermenegildo Galeana nos infundían valor y confianza en la victoria. Ahora actuábamos casi como autómatas. Atacar y defendernos se había convertido en una rutina; como una

tarea diaria; como si eso fuera la razón de la lucha. Sabíamos que en nuestro territorio éramos imbatibles, también se habían dado cuenta de ello los realistas; pero comprendíamos que aislados en los límites de nuestro reducto, no podríamos desde allí ganar la guerra, y como ya no había en ninguna otra parte del suelo mexicano algún guerrillero con quién tomar contacto para generalizar las acciones, llegué a caer en el pesimismo de que todo estaba perdido.

Por otra parte, no se vislumbraba la posibilidad de que surgiera un nuevo adalid que siguiera los pasos de aquellos caudillos que encendieron la antorcha de nuestra libertad. El benigno gobierno del virrey Apodaca había adormecido muchos resentimientos añejos que fueron, en otro tiempo, la chispa que encendió el país. Además, el triunfo de los liberales en España, el restablecimiento de la Constitución de Cádiz y el sometimiento voluntario a ella de Fernando VII, había satisfecho en buena parte las expectativas ideológicas de los intelectuales mexicanos enemigos del absolutismo; algunos de ellos habían sido electos como diputados ante las Cortes de España.

Cuando me enteré de que el virrey había nombrado a Iturbide como comandante de las fuerzas realistas del Sur, con la misión especial de aniquilarnos, me preocupé seriamente porque yo sabía que él se había formado a imagen y semejanza de Calleja y que para emprender una campaña específica exigía toda clase de ventajas y aprovisionamientos para no fracasar: las mejores tropas, bastante dinero para estimularlas, el mejor armamento, los mejores caballos, y sobre todo, oficiales adictos a él. No obstante eso, como ya lo dije antes, los derrotamos en las dos primeras batallas que nos presentaron y lo hubiéramos seguido haciendo por algún tiempo mientras tuviéramos recursos para defendernos. Fue entonces que Iturbide me mandó su primera carta que yo contesté rechazando enérgicamente sus propuestas; mas, como yo desconocía que él tenía planeado traicionar la causa que con tanto ardor había venido defendiendo, cometí el error de decirle que si en verdad le interesaba tanto la Patria, como en su carta decía, se viniera al lado nuestro, y que si eso hiciera, yo estaría dispuesto a unirme a él en calidad de subalterno. ¡Cómo iba yo a pensar que ese era precisamente su plan!

Por eso, cuando leyó mi ofrecimiento, de inmediato me envió a don Antonio Mier y Villagómez para concretar la alianza. Mi compromiso hecho por escrito, de ser su subalterno, me obligó a cumplir en esos términos la unión. Hasta entonces yo ignoraba, inocentemente, que estaba sirviendo a los intereses de los conspiradores de la Profesa, adictos al absolutismo.

Hasta el abrazo de Acatémpam todo iba más o menos bien. Pero días después, cuando analicé el contenido del Plan de Iguala, así como la proclama que con ese motivo publicó Iturbide, empecé a comprender los sucios “enjuagues” de aquel criollo oportunista que se había burlado de todo el mundo para satisfacer sus grandes ambiciones de poder y de fama. Pero viendo que era demasiado tarde para iniciar cualquier acción en su contra, porque para entonces el pueblo mexicano ya estaba alucinado con el inminente advenimiento de la Independencia, y el nombre de Iturbide se había elevado hasta los más altos dinteles de la gloria, blasonado con la divisa



de «**GRAN LIBERTADOR DE MÉXICO**», me puse a considerar que lo único rescatable de todo aquello era que por fin, después de tres siglos de sojuzgamiento, México iba a lograr su libertad. Ya veríamos después la forma de derrocar cualquier sistema de gobierno impuesto por Iturbide y sus socios, lo cual resultaría mucho más fácil que la lucha que tuvimos que sostener contra España durante años; ¡y así, efectivamente, sucedió!

No sé, señor Zavala, si con lo que he dicho queda satisfecha su pregunta.

#### LORENZO DE ZAVALA

Cada quien tenemos nuestros propios infiernos. Los juicios internos de conciencia son terribles, pero hay otros todavía más inflexibles: los juicios tremendos de la historia. Ella habrá de juzgarnos con la severidad que imponen los hechos y los resultados. En mi concepto su ferviente entrega y su lealtad a la lucha libertaria, lo absuelven de cualquier cargo y lo sitúan por encima de muchos insurgentes que abandonaron las armas, se indultaron y después se acomodaron en el gobierno de Iturbide.

Sin embargo, hay algo que no concuerda con su explicación. Usted nos ha dicho que cuando analizó el contenido del Plan de Iguala y la proclama pública que Iturbide hizo con ese motivo, comprendió sus malos manejos. Me imagino que usted se refiere a que dicho Plan no correspondía a lo que habían pactado en las negociaciones que se concretaron en Acatémpam, lo cual produjo en usted un gran desánimo y decidió volver a su reducto en las montañas del Sur. Pues bien, lo que no concuerda es que varios meses después usted publicó un manifiesto enalteciendo la figura de Iturbide, reconociéndolo como jefe a quien obedecía ciegamente y haciendo una verdadera apología del movimiento de Iguala. ¿Cómo se puede conciliar esto?

#### VICENTE GUERRERO

Bien, tiene usted razón en considerar que hay una contradicción en los hechos. La explicación es la siguiente: En el mes de mayo de ese mismo año de 1821 recibí un mensaje de Iturbide en el que me informaba que el coronel realista Márquez Donayo se dirigía hacia el Sur con instrucciones de tomar la plaza de Acapulco, y se me ordenaba no tratar de impedirle el paso con el fin de que al alejarse completamente de los demás ejércitos enemigos se quedara aislado en dicho puerto donde sería más fácil derrotarlo por completo. Así lo hice; pero como los demás jefes militares allegados a Iturbide no tuvieron conocimiento de las órdenes que se me habían dado, y como alentaban cierta animadversión en mi contra desde que andábamos en bandos contrarios, propagaron el falso rumor de que yo había actuado con gran indolencia al no tratar siquiera de impedirle el paso a Márquez Donayo en su marcha hacia Acapulco; lo que atribuían a una insincera subordinación de mi parte al caudillo de Iguala. Semejantes rumores me obligaron a publicar el manifiesto a que usted se refiere, señor Lorenzo de Zavala; consideré necesario salvar el buen nombre

mío y de mis tropas ante tamaña falsedad, y la única forma de hacerlo era reafirmar públicamente mi lealtad y subordinación a quien abanderaba la causa de la insurgencia. En el campo de la guerra, señor Zavala, el honor militar es la mayor dignidad del guerrero; por eso debe cuidarlo a toda costa.

#### LORENZO DE ZAVALA

¿Qué fue concretamente lo que no le pareció bien del Plan de Iguala y de la proclama correspondiente?

#### VICENTE GUERRERO

Cuando Iturbide nos dio a conocer dichos documentos antes de publicarlos yo le hice saber que no estaba de acuerdo en la parte donde se denigraba al movimiento iniciado en Dolores en 1810, pues yo consideraba que quienes lo habían acaudillado, merecían el respeto y reconocimiento de los adictos a la libertad: sobre todo porque habían ofrendado sus vidas en esa empresa: además -le dije- suprimiendo esa parte del documento no se modificaba en absoluto la esencia del planteamiento. Como todos los otros jefes militares que habían sido convocados a esa reunión habían comandado tropas realistas, ninguno apoyó mi propuesta, por lo que en forma imperativa Iturbide me contestó: "No, General Guerrero. La proclama se publicará así como está redactada. La única forma de lograr la confianza de los españoles europeos en este movimiento es desprestigiando el "grito" de Hidalgo de "mueran los gachupines". De otra manera no podríamos aspirar a una de las tres garantías que propone este Plan; o sea: ¡La unión de todos los que habitan este país! Además -siguió diciendo- ellos nada lograron; su movimiento se perdió en el olvido. ¡Nosotros seremos los verdaderos Padres de la Patria! Los frenéticos aplausos de todos los ex-jefes realistas me reafirmaron que me había metido en "corral ajeno". El disgusto que le causó a Iturbide mi inconformidad fue tan evidente que no volví a sentir jamás ninguna muestra de cordialidad de su parte. Tal vez por eso me dejó siempre en el mismo rincón donde me había hallado: Las montañas del Sur; mientras que a los demás generales se los llevó a la Capital al triunfar el movimiento. ¡Ah! olvidaba decirles que también mostré desacuerdo con la parte de la proclama donde expresaba que "España era la Nación más católica, piadosa, heroica y magnánima del planeta, que había llenado de bienes y felicidad a nuestro suelo". Yo le advertí a Iturbide que semejantes expresiones nos iban a acarrear dificultades para responder, si alguien preguntara ¿Entonces, porqué se quieren independizar? Además, aquello podría halagar a los españoles, pero la gran mayoría de los mexicanos pensábamos todo lo contrario. Iturbide no tuvo para esto ninguna respuesta, simplemente frunció el ceño y cambió de tema.

Había otros puntos que no me gustaban pero me pareció inútil tratarlos, entre ellos, la reiteración a seguir gobernados por Fernando VII o por alguien de su dinastía. Desde hacía siete años el padre Morelos en la Carta de Apatzingán había superado esa tendencia regresista de seguir atados a la monarquía española; desde entonces se planteaba la independencia absoluta de México y se fijaban algunos perfiles



republicanos. Aquello era volver atrás. Tampoco me parecía bien que tanto los empleos públicos, como los eclesiásticos y militares subsistieran en el mismo punto en que se hallaban; entonces ¿En qué consistía la independencia?

Pero lo que más me molestó fue la fórmula que presentó Iturbide para integrar la "Junta Gubernativa". La presidía, según su propuesta, el virrey Apodaca. ¡Imagínense ustedes! ¿Habrás visto alguna vez semejante absurdo? Que al triunfo de una revolución aparezca gobernando al partido triunfante quien era el jefe del bando contrario. ¡Increíble! Además, entre los once miembros propuestos para dicha Junta, no aparecía ni uno solo de los viejos insurgentes, lo que significaba un abierto desprecio al movimiento original.

Me sentí, entonces, engañado, frustrado, estúpidamente ingenuo. En mis montañas no estábamos acostumbrados a semejantes falsedades.

¿Alguna otra pregunta?

#### LORENZO DE ZAVALA

No, general; para mí ya respondió usted lo que yo necesitaba saber. Ahora, con esa información suya y los documentos que he revisado personalmente, me voy a permitir hacer mis propios análisis de la actitud de Iturbide en esta etapa de nuestra historia.

En alguna parte de su relato don Vicente Guerrero, en una demostración de sencillez expresó: "Iturbide nos engañó a todos". Es cierto, se condujo a base de mentiras. Analicémoslo por partes: Engañó al virrey Juan Ruiz de Apodaca quien al nombrarlo comandante en jefe de las fuerzas realistas del Sur puso en él toda su confianza, encomendándole una misión que, a la sazón, era la más importante, porque era el último reducto de la lucha insurgente; aparte de su confianza le proporcionó los recursos y aprovisionamientos suficientes para el cumplimiento de esa encomienda que los colmaría a ambos de gloria ante el rey de España. Para cuando Apodaca le dio dicho nombramiento el 9 de noviembre de 1820 Iturbide ya estaba en tratos con los conspiradores de la Profesa, pues fueron ellos -particularmente el canónigo Monteagudo- quienes lo propusieron ante el virrey. Ahora bien, Iturbide efectivamente necesitaba acabar con Guerrero y Ascencio para luego dar el golpe de Estado y declarar la Independencia de México en los términos que a los de la Profesa les convenían.

No obstante eso Iturbide mantenía engañado al virrey ratificando a cada momento su lealtad. El día 16 de noviembre le mandó una carta cuyo texto me voy a permitir leer, en la que se advertía toda la falacia de don Agustín:

"Mi muy amado y respetado general -se refiere al virrey-. Si la verdadera adhesión a la persona de Vuestra Excelencia y mi constante anhelo por el mejor servicio del rey y de la Patria me hicieron admitir el mando militar de la demarcación del Sur; el mismo interés del buen servicio, la adhesión misma a la muy apreciable persona de vuestra excelencia, no menos que el honor que tengo comprometido por el buen éxito de mi encargo, y porque jamás tengáis motivo de arrepentimiento de la

confianza que habéis puesto en mis cortas luces, en asunto tan grave y en circunstancias tan delicadas, no dejaré de manifestaros los males que yo note, pero siempre será, no con ponderaciones, sino con la exactitud de mi carácter, que es inseparable del hombre de bien. Propondré a vuestra excelencia los medios que me parezcan oportunos para evitarlos, pues cuando depende sólo de mí el remedio, vos no sabréis de males, porque mi fin es y será constantemente restaurar el orden, cooperar a la gloria de que vos veáis, en breve tiempo, pacífico todo el reino, y no el de encarecer mi mérito, que jamás tendrá de grande otra cosa que la buena voluntad y recta intención".

"Así, pues, mi amado y respetado general, me tomo la libertad de rogarle con el mayor encarecimiento, que se digne poner a mis órdenes toda la tropa que le he pedido para esta campaña. Un esfuerzo digno de vos, hecho en el momento, es el que va a decidir la acción. Lo espero con la mayor confianza, porque no podéis dejar de conocer con vuestra perspicacia y ojo militar, que la oportunidad perdida en la guerra suele ser la desgracia de un reino, y que esta oportunidad muchas veces no es de un mes, ni de un día, sino acaso de un segundo. Ejecutando el golpe que tengo meditado, las tropas podrán volver a sus demarcaciones respectivas. No necesito indicar a vuestra excelencia que los mismos puntos de donde vengan las tropas deberán recibir socorros pecuniarios para que no les falte su "prest". Dios guarde vuestra importante vida por muchos años para felicidad de este reino, como le pide su afectísimo e inútil súbdito que atento besa su mano. Agustín Iturbide".

El día diez de diciembre le manda otra carta desde Teloloapan en la que le da falsas esperanzas al virrey diciéndole que a más tardar para el mes de febrero estaría completamente pacificado todo el territorio, y aprovecha la oportunidad para pedirle más dinero, en los siguientes términos:

"Para lograr la pacificación que esperamos es necesario valerse de todos los recursos posibles, y vuestra excelencia sabe mejor que yo que la moneda distribuida oportunamente con una prudente liberalidad, es un agente muy poderoso, pues por ella muchos hombres aventuran su vida y hacen esfuerzos que no practicarían por ningún otro estímulo. Así, no tengo embarazo en afirmar que 10 ó 12 mil pesos gastados oportunamente y con juiciosa meditación, evitarán un gasto posterior de 250 a 300 mil pesos, pues la guerra que habría de durar un año o más, pueda reducirse a la campaña de dos meses y medio o tres, y la sangre que se vierta será incomparablemente menos".

El 1o. de Enero de 1821, desde San Martín de los Lubianos, escribe Iturbide al virrey diciéndole que había pedido varias sumas prestadas bajo su responsabilidad para alivio de la tropa; que el obispo de Guadalajara le había prestado de persona a persona veinticinco mil pesos y que sobre sus propias fincas había sacado otros treinta y cinco mil pesos a réditos. Ante tales interpelaciones el virrey no tuvo otro remedio que mandar a los ministros de las cajas de México que pusiesen en Cuernavaca a disposición de Iturbide las sumas que fuere necesitando para atender a sus tropas.